

IN MEMORIAM:
LEOPOLDO CALVO-SOTELO Y BUSTELO

Sesión del día 3 de junio de 2008.

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Sabino Fernández Campo

Señores Académicos.

Queridos familiares de don Leopoldo Calvo Sotelo:

Con gran tristeza y un dolor profundo, nos reunimos hoy en esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas para celebrar una sesión necrológica en honor y recuerdo de nuestro querido y admirado compañero don Leopoldo Calvo Sotelo, al que la muerte ha arrebatado de entre nosotros.

Perdemos a un gran compañero, a un hombre culto, a un político honesto y a un académico con una destacada formación intelectual y política.

En estos días pasados se han puesto de relieve con amplitud y respeto, sus méritos extraordinarios y la labor desarrollada en momentos difíciles de nuestra historia reciente, venciendo los inconvenientes con serenidad, prudencia y buen juicio, y solucionándole posteriormente con el rigor adecuado u el estricto sentido de la justicia.

Ha sido muy revelador y destacado este reconocimiento de los valores que adornaron la vida de Leopoldo Calvo Sotelo y le hicieron digno de admiración, de elogio, de respeto y de reconocimiento.

En esta Academia vamos a echar mucho de menos su extraordinaria personalidad, el acierto de sus ideas y la elocuentefacilidad de su expresión, tantas veces teñida de un humor sutil que latía a través de ella, con inteligencia y oportunidad.

Yo estoy orgulloso de haber compartido con él momentos cruciales, y admiraré siempre su condición de español cabal e íntegro, de su fidelidad monárquica y de su patriotismo esencial en toda su conducta.

Para su viuda Pilar, para sus hijos y toda la familia, nuestro sincero pesar por la pérdida del ser querido, que lo es también para nosotros, y así queremos significarlo en este día.

Para comentar una figura tan importante como la de nuestro compañero, y antes de acudir a la misa que se celebrará en la iglesia San Nicolás de los Servitas, van a intervenir a continuación los Académicos Marcelino Oreja, Olegario González de Cardedal y Salustiano del Campo.

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Marcelino Oreja Aguirre

Sr. Presidente, Sres. Académicos,
querida familia Calvo Sotelo,

Intentaré, con la brevedad exigida, evocar unos pocos rasgos de don Leopoldo Calvo Sotelo, y me referiré a la persona, al político, al estadista, al académico.

Primero la persona.

Conocí a Leopoldo siendo yo muy joven y me impresionó su integridad moral, sus convicciones cristianas, su rectitud, su firmeza en los principios, sin consideraciones oportunistas.

Tuvo una sólida formación en colegios públicos, a cuyos maestros recordaba con cariño, en especial a los de historia y literatura. Ellos despertaron su afición a la lectura y según él mismo contaba le empujaron incluso a versificar y en el semanario local de Ribadeo vio con emoción, por vez primera, su firma al pié de unos sonetos infantiles, bien medidos —nos dice— aunque monocordes, con acento siempre en sexta.

Al terminar sus estudios de bachillerato él quiso ser físico o filósofo pero por razones económicas le decidieron por una carrera técnica y cursó Ingeniero de Caminos con el número uno de su promoción.

En Madrid recibió muy pronto la infección de la política.

Estuvo en las Juventudes Monárquicas de Joaquín Satrustegui y anduvo pintando paredes a hurto de serenos, con eslóganes contra el Régimen y colaborando anónimamente en el panfleto confidencial que editaban las Juventudes.

Yo le conocí en la Asociación Católica de Propagandistas en el final de los años cincuenta, en los Seminarios organizados por inspiración de don Ángel Herrera, donde leíamos a Mounier y a Teilhard de Chardin, discutíamos sobre la evolución de la Iglesia española y se empezaban a oír ecos de la celebración de un Concilio. Leopoldo ofrecía siempre una opinión inteligente, un comentario sutil, una réplica brillante. Más tarde en las conversaciones de Gredos con don Alfonso Quejazu, rodeados de grandes maestros del pensamiento, Laín, Díez del Corral, Zubiri, Rof Carballo, Leopoldo mostró siempre una inagotable curiosidad e infundía un gran respeto a pesar de su juventud.

Paso por alto las múltiples actividades que desarrolló en su vida: Presidente de RENFE, Presidente de Unión de Explosivos Riotinto, una larga escala en la Banca, Presidente de la Fundación Ortega y Gasset y Alcalde Honorario de Ribadeo, y sólo quiero evocar para cerrar esta rapidísima pincelada sobre la persona algo que para él ocupó siempre lugar principal: su espíritu familiar. Con la lectura de sus últimas memorias *Pláticas de familia* se entiende hasta que punto su mujer y sus hijos fueron la referencia esencial en su vida.

Sobre el político debo decir que tuvo esa vocación desde muy joven.

El sabía que estaba dotado para la cosa pública y sentía una gran preocupación por el futuro de España, en los años inciertos del tardo franquismo y participó en numerosos encuentros que buscaban un mañana en paz, libertad y democracia.

Asistió a muchas de nuestras reuniones del Grupo Tácito, a menudo con observaciones críticas que tomábamos muy en cuenta.

En 1.975 el Rey don Juan Carlos le llamó a su primer gobierno y perteneció a todos los de la Transición, que presidió Adolfo Suárez, como Ministro sucesivamente de Comercio, Obras Públicas y de Relaciones con las Comunidades Europeas, donde desarrolló una gran labor, sentando las bases de la negociación, que resultó mucho más larga de lo que luego imaginamos.

Fue él quien dio los primeros pasos debatiendo con inteligencia y tesón y con gran dificultad, en todos los frentes comunitarios, las condiciones de nuestro ingreso, descubriendo lo que otros sabían ya: que la Comunidad Internacional es todo menos evangélica y nadie está dispuesto de buen grado a mover una silla en la mesa redonda común para hacer un sitio en ella al recién llegado.

Pero consiguió que el Consejo de la Comunidad, le aprobase varios capítulos importantes y enderezó la negociación con gran acierto llevando a sus huéspedes, como el decía, hasta el lindero de la Tierra de Promisión, aunque la firma le tocó a su cuñado Fernando Morán, Ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno González a quien recitaba el romance del Cid “*que non venciera Josué si Moisés no lo ficiera*”.

Hay un capítulo en la vida política de Calvo Sotelo que pocas veces se recuerda y que yo quiero evocar.

En 1977 abandonó el Gobierno para articular el partido Unión de Centro Democrático antes de las elecciones generales. UCD era una amalgama de personas e idearios pero con un pensamiento muy claro de que debía constituirse en pivote de la transición y para ello necesitaba una personalidad fuerte y respetada como era Calvo Sotelo.

En 1981, al dimitir Adolfo Suárez, llegó a la Presidencia del Gobierno sobre un partido que después de cuatro años en el ejercicio del poder y de dejar para siempre en la historia de España las señas de identidad de la moderación y del sentido del pacto, se deshacía entre los dedos.

Tuvo que enfrentarse a un país paralizado de miedo y de desconfianza, por culpa de un intento de golpe de Estado que todos sabíamos, y él mejor que nadie, que podía en cualquier momento volver a repetirse.

Administró después con gran talento la estrategia desestabilizadora de los golpistas y sus esfuerzos constantes por involucrar al Rey en el golpe fracasado y derribarle así de su papel constitucional. Su lealtad a la Corona, que arranca en su juventud, fue siempre una constante en su vida.

Fue capaz de controlar la zozobra provocada por el juicio a los imputados en el golpe. Y tuvo el valor político de recurrir ante la jurisdicción civil, la sentencia emitida por un tribunal militar.

Fue él quien se empeñó personalmente en que la última palabra sobre la sublevación de unos militares la tuvieran los tribunales ordinarios.

Y con las condenas del Tribunal Supremo a los golpistas se dio un paso histórico en el difícil camino del establecimiento definitivo de la superioridad del poder civil sobre el militar.

Con ello mostró, una vez más, sus grandes dotes de estadista.

Durante su mandato como Presidente fue muy intensa la actividad terrorista de ETA.

Puedo dar testimonio como Delegado del Gobierno que fui en aquella época en el País Vasco, de su presencia constante —irritante para algunos— en aquellos funerales de las contraventanas cerradas, a los que semana sí, semana no, acudía a aportar consuelo a las jóvenes viudas de cualquier lugar de España.

Una de las actuaciones por las que siempre recordaré a Calvo Sotelo y que muestra igualmente su talento político fue lo que él llamó la “almendra” de la transición, nuestro ingreso en la Alianza Atlántica, que se debió a su determinación, anunciada ya en el discurso de investidura y que produjo una crispación en la oposición.

Buena parte de los representantes del arco parlamentario propugnaban entonces que España no se incorporara a ninguno de los bloques y preferían que participase en el grupo de los no alineados.

Fue Calvo Sotelo el que dio el paso para incorporarse al bloque occidental, que tuvo que respetar su sucesor en la Presidencia del Gobierno, aunque al precio de un referéndum, innecesario, que puso en peligro nuestra permanencia.

Pienso que todos los que coincidimos con él en el gobierno recordaremos siempre su sentido del humor, su fino ingenio, su expeditiva capacidad de decisión, su aguante ante la adversidad y su modo directo de comportarse sin dobleces ni disimulos.

Y supo al final de su mandato dejar la Presidencia a Felipe González con elegancia y tras un proceso de transmisión de poderes, ejemplar.

Como académico, a pesar del poco tiempo que estuvo entre nosotros, se ganó el respeto y la amistad de todos y debo destacar su discurso de ingreso, que es una pieza maestra sobre la transición exterior y muestra su esfuerzo denodado por colocar a España en su sitio. Al final de su discurso hizo un canto a la transición con la fuerza de sus convicciones y la belleza de su estilo.

Pero no se limitó a describir el pasado.

Quiso también expresar su preocupación por la tentación en nuestro tiempo de lo que llamó “revisitar” la transición, empeñándose algunos en abrir una segunda e incluso en destruir la anterior.

En sus frecuentes intervenciones en las sesiones semanales, recuerdo las observaciones puntuales, inteligentes, con comentarios que mostraban su experiencia y su agudeza.

Un tema al que dedicó siempre especial atención fue el europeo y a él consagró su última intervención en esta Casa comentando los males congénitos de la construcción europea, quejándose de las ambigüedades del Tratado, la indefinición de los límites de Europa, la controversia estéril sobre la naturaleza federal o confederal de la Unión y al final no podía evitar el rejón a Francia o mejor dicho a algunos franceses con la predilección de sus dardos más afilados a un antiguo Presidente de la República, que tanto entorpeció nuestro proceso negociador.

Pero sobre todo yo destacaría en Leopoldo su sencillez, su afabilidad, su deseo de conocer y de agradar. Detrás de su figura siempre se descubría una persona extraordinariamente amable e inteligente, culto, con una personalidad que no necesitaba recurrir a sus antiguas dignidades, porque él siempre fue el mismo y no dejó nunca de serlo.

Buenas razones tuvo el Rey, que le había concedido el título de Marqués de la Ría de Ribadeo, de rendirle tributo en su despedida, recordándole como un gran español, un hombre de Estado, un demócrata y una persona muy querida.

Quiero decir a su familia, a Pilar, a sus hijos, que como recordaba nuestro Presidente le echaremos mucho de menos y su recuerdo estará siempre vivo entre nosotros.

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Olegario González de Cardedal

INTRODUCCIÓN

El pasado mes de noviembre mantuve la última conversación larga y matizada con él. Había precedido un estudio de los libros sobre temas religiosos y teológicos de su biblioteca —unos ochocientos— elaborado por un alumno Angel Cordovilla, en orden a esbozar el retrato personal que permiten los títulos, sus lecturas con los subrayados correspondientes y las manifiestas ausencias. En aquella conversación el lector L. Calvo Sotelo debía responder a nuestras preguntas, dando razón ante nosotros de cuando, cómo, y por qué había comprado aquellos libros, como los había asimilado, qué huella habían dejado en su vida y por qué no había accedido a otros universos de realidad y valor. Otras personas debían hacer lo mismo en relación con el resto de libros de su biblioteca: sobre ciencia (matemáticas y física) unos, sobre poesía y filosofía otros, sobre política e historia finalmente otros.

En las líneas siguientes me voy a referir a la persona en sus fundamentos generadores y en los principios de fondo que orientaron su vida dejando de lado todos los aspectos externos de su función pública. Siempre me ha preocupado indagar cuales son las condiciones de posibilidad de las cosas y de las personas. ¿Quién nos hizo posible llegar a ser quienes somos, positiva o negativamente? ¿De qué hontanares bebimos aquellas aguas primordiales que nos encendieron anhelos de lucha o de soledad, temores de vida o alientos de conquista? Es importante hacer cosas, escribir libros, gestionar la realidad pública, profesar en la universidad, ¿pero cómo fue posible adquirir esas potencias de vida, esos resortes permanentes del esfuerzo y, sobre todo, mantener encendida la llama de la ilusión ante las inevitables dificultades que nos obligan a purificar los sueños verdaderos de los ensueños mortíferos?

Si ahora nos referimos a nuestro colega, que ha partido para la vida eterna, habría que indagar en sus orígenes familiares, en su trayectoria como estudiante, en los primeros trabajos profesionales, en las amistades que surgieron en los años juveniles y duraron de por vida, en los libros de cabecera, en las distancias mantenidas. En un caso nos ha respondido él a estas preguntas, refiriéndose a su bachillerato en el Instituto Cervantes de Madrid, citando a dos catedráticos, el de filosofía don Manuel Cardenal Iracheta, que le puso en sus manos un libro, que sería decisivo el joven bachiller: la *Historia de la filosofía* de J. Marías recién aparecida (1941) y el catedrático de Física don Antonio Mingarro, autor de un tratado de Física que todos hemos estudiado y al que él se refiere con esta expresión “otro gran maestro”¹.

La pasión por la verdad, encendida leyendo a Platón por esas fechas, y la pasión por el conocimiento científico de la realidad, serán los dos agujones a la hora de elegir camino de vida. “y así cuando un par de años más tarde me vi obligado a elegir carrera, tuve que hacer frente a una doble llamada: Filosofía o Física”². La permanencia personal de estas dos vocaciones explican mucho de su vida. El confiesa que eligió física por razones de subsistencia económica, pero que le acompañaría siempre con ilusión y remordimiento la necesidad de abrirse a ese universo que la filosofía ofrece. Los dos nombres que primero responderán a esa pasión fueron Unamuno y Ortega, sombras de refrigerio y luces para la marcha que le acompañarán durante la vida.

Brevísimamente describiré cómo le he visto yo desde mi primer contacto con él en un lugar e institución decisiva para su vida: *Las Conversaciones católicas de Gredos*, que ese año 1966 se celebraban en Fuente Pizarro, casa propiedad del Banco Urquijo, en Collado Villalba que la había cedido por primera vez para que en ella tuvieran lugar esos encuentros que hasta entonces desde 1951 se habían celebrado en el Parador Nacional de Gredos. Siempre se celebraban el domingo siguiente a Pentecostés. Yo había regresado hacia pocos meses de Alemania y participaba como ponente. Ese fue mi primer encuentro con él. El último en su asistencia a la sesión de estas casa poco antes de morir. Diré solo dos palabras sobre su carácter, contexto y legado.

I. CARÁCTER **(ALTURA, RIGOR, IRONÍA)**

Si comenzamos por la apariencia física yo pondría de relieve su altura, en primer lugar, física. Su talla y su talle. Hay personas que traslucen hacia fuera en su

¹ L. Calvo Sotelo, *Julián Marías, Un siglo de España*, Madrid 2002, pp. 65-68.

² *Id.*, 67

forma de mirar y de hablar, de dirigirse al prójimo y de estar erguidas una rectitud de dentro que se refleja en la rectitud de fuera. Lo mismo que hay una justicia interior que se refleja en la justeza exterior. A esa talla física erguida correspondía una altura moral, que se manifestaba en la anchura de horizontes, de intereses, de lecturas y de preocupaciones. Y junto a la altura física y moral estaba la altura religiosa. ¿Cómo si no explicar que alguien con tales responsabilidades profesionales y políticas haya rescatado tiempo para interesarse por cuestiones científicas, filosóficas, y religiosas hasta el final de su vida? ¿Cuántos entre nuestros contemporáneos han sido capaces de exigirse rigor profesional y a la vez mirar más allá de las exigencias cotidianas que les imponían sus deberes de oficio? Que él haya leído poesía y filosofía, que se haya preocupado de las cuestiones de fe y de iglesia, hasta sus últimos días revela una admirable anchura de espíritu, con la correspondiente capacidad de diálogo y de afirmación personal, que merecen ser subrayadas.

A la altura yo añadiría otra característica: rigor. Rigor en la palabra corta y cincelada, rigor en el tratamiento de las cuestiones y rigor en las exigencias objetivas de la política. Rigor que a veces significaba distancia, con acentos de distanciamiento respecto de aquel con quien hablaba o trataba las cuestiones quien percibía una seriedad, a veces interpretada como dureza. Sin embargo no lo era. De él podríamos decir lo que dice el autor del libro bíblico "Eclesiastés" sobre el sabio: "La sabiduría serena el rostro del hombre cambiándole la dureza del semblante" (8,6.1)

La tercera característica es la ironía. Ella es el rodeo del camino cuando no podemos llegar por vía recta al corazón del prójimo o a la entraña de un problema. Junto con el humor, ella es el puente por el que saltamos sobre las piedras y obstáculos que encontramos en río de la vida, nos sonreímos y reímos de nosotros mismos, avanzamos sin retroceder o permanecemos firmes y fieles cuando no podemos avanzar. Maestro de la ironía fue Sócrates y otro gran maestro del siglo XX Romano Guardini eligió la ironía socrática como tema de su última lección en la Universidad de Munich. Humor e ironía son armas tan útiles como sutiles y peligrosas, por cortantes y afiladas, ya que pueden hundirse en la carne del prójimo y hacer sangrar su corazón. Ellas están en el borde capaz de suscitar la sonrisa generosa y el salto libre sobre uno mismo, pero también capaces de sumir al vecino en humillación dolorosa, suscitando un resentimiento que inclinará a la venganza. Humor, despego, crítica: armas sagradas o sangrientas. Pocos han sabido mantener un camino que bordea esas crestas sin sucumbir a ellas para zaherir al prójimo, responder con la broma que roza el insulto, el ajuste de cuentas o la secreta amenaza. El reverso negativo de estas tres admirables palabras son: de la altura la altivez, del rigor la dureza de espíritu, de la ironía la sorna cuando no la burla. Solo los grandes de espíritu saben utilizarlas con precisión y equilibrio, encontrando la línea exacta de la cresta entre la umbría y el solejar de esa montaña agreste que es la ironía.

II. CONTEXTO (BANCO, BIBLIA, MONTAÑA)

La resaca de la contienda civil en España llevó consigo que una serie de personas que tenían vocación universitaria quedaran alejadas de la Universidad y no pudieran encontrar cauce académico para la pasión intelectual que los había animado. Una de ellas don Juan Lladó Sánchez-Blanco era ahora presidente de la Federación de Estudiantes católicos durante la República. Represaliado después de la guerra, inicio su carrera profesional en el Banco Urquijo haciendo de él el primer Banco Industrial y creando a su lado una especie de enclave universitario: la Sociedad de Estudios y Publicaciones (Casa de las siete chimeneas), en la que encontraron cobijo de pensamiento y ayuda para vivir hombres como X. Zubiri, Fernandez Almagro, Julian Marias, y economistas del Banco como Torres Naharro. En la Sociedad se celebraron durante unos veinte años Seminarios sobre las materias más variadas: desde urbanismo a filosofía, arabismo y derecho mercantil, teología y estudios árabes. El secretario general del Banco y de la Sociedad era un poeta: José Antonio Muñoz Rojas. ¡Extraña tarea conjugar finanzas y poesía! Y, sin embargo, todo eso era realidad y ese fue el milagro de aquel grupo humano creado por el alma de todos: don Juan Lladó, que elegía las personas valiosas y luego conformaba los cargos de forma que aquella fueran eficaces justamente haciendo aquello que sabían y que amaban. En ese contexto en que había físicos de la escuela de Blas Cabrera, filósofos como Zubiri y poetas como Muñoz Rojas, despliega su actividad L. Calvo Sotelo, al frente de empresas del Banco, a la vez que personalmente compartiendo las perspectivas intelectuales que animaban a las personas que dirigían la sociedad de Estudios y Publicaciones. La fidelidad a estos orígenes se manifestó en su apoyo a las iniciativas para dar a conocer el pensamiento de Zubiri, siendo hasta su muerte miembro del patronato de la Fundación Xavier Zubiri.

El segundo contexto personal es la *Biblia*. Decir esto parece una obviedad y si embargo no lo era en aquellos años, en que no había libertad religiosa, y de dentro de la iglesia no había excesiva curiosidad intelectual para ir más allá de la filosofía y teología escolásticas que reinaban en nuestros pagos. Su conocimiento del francés y sus viajes a París le ponen en contacto con las corrientes del pensamiento y del catolicismo en Francia. El compra los primeros fascículos de una nueva traducción de la *Biblia*, que inician los dominicos de *L'École Biblique de Jerusalem* junto con un equipo que integra lo mejor de la intelectualidad católica del momento (R. de Vaux O.P., P. Benoit O.P, L. Cerfaux, E. Osty, A. Robert P.S.S., J. Huby S.J., P. Auvray P.S.S., E. Gilson, H.I. Marrou, G. Marcel, A. Beguin, M. Carrouges) y que era en aquel el mejor exponente del movimiento bíblico católico. L. Calvo Sotelo tiene así acceso directo a una palabra bíblica, con ella a un cristianismo fontal y desde ella a una libertad interior, que mantendrá durante toda su vida. Es el libro que le acompañó en todas las fases de su existencia y en el que encontró el pan y agua diarios para la fe consciente, que se traduce en oración y la oración fiel que se traduce en

obras. Esa traducción de la Biblia en un francés límpido, con unas anotaciones rigurosas y al nivel de la filología mas exigente, le permitía un acceso a la Palabra de Dios con la suficiente proximidad a la vez que con la distancia que da siempre otra lengua, permitiendo unas sonoridades y matices de las que el uso diario vacía a las palabras de la propia lengua, a la hora de decir la revelación de Dios. He aquí sus propias palabras:

“Poco antes de Gredos había comenzado a publicarse (1948) la Biblia de Jerusalem, versión original francesa, en fascículos y en rústica. Yo me acostumbé a leer la Escritura en francés. Con esta costumbre sigo; y pienso que una lengua extranjera, por muy bien que se conozca, tiene la ventaja de poner entre el lector y el texto sagrado una distancia que a mi juicio conviene al hecho religioso. Con el Concilio Vaticano II irrumpen las lenguas vernáculos en la liturgia y en la oración; pero yo he seguido hasta hoy paseándome por la Escritura en francés, sobre una edición ya bien encuadrada de la Biblia de Jerusalén. Y ayudándome en efecto en la fe con la cultura del texto sagrado”³.

El tercer contexto que en mi opinión es fundamental para comprender la trayectoria de L. Calvo Sotelo son las Conversaciones Católicas de Gredos, que desde 1951 a 1955 se celebraron en aquel Parador, luego en Fuente Pizarro (Collado Villalba) y finalmente en la Casa de los Padres Jesuitas en Maldonado, 1, donde finalizaron en 1969. El alma de ellas era un sacerdote Alfonso Querejazu Urriola-goitia, nacido en Sucre, hijo del cónsul español, que después de estudiar derecho en Deusto, marcha a Alemania y estudia en las universidades de Bonn, Hamburgo, Berlín, donde prepara su tesis doctoral que defiende en la Universidad Central ante los profesores Saldaña, Montero, Garrigues, Riaza y Masaveu, sustituyendo luego a uno de ellos, ocupado en la comisión redactora del Código penal. Marcha de nuevo a Alemania y, siendo duante unos años encargado de negocios por su país Bolivia en la Sociedad de Naciones (Ginebra) cuando tuvo lugar el contencioso con Paraguay por la guerra del Chaco, se decide a ser sacerdote. Estudia teología en Friburgo y una vez ordenado se incardina en Ávila, siendo profesor del Seminario, donde permaneció hasta su muerte en 1974.

En los finales de los años cuarenta tienen lugar las Conversaciones de San Sebastián, donde se encuentran intelectuales, teólogos y profesionales que venían del otro lado de los Pirineos y de España. El alma de ellas era Carlos Santamaría, matemático y director allí del Observatorio astronómico. En ellas participó don Alfonso y de ellas le nació la idea de porqué no hacer lo mismo ya en

³ L. Calvo Sotelo, *El hombre en la encrucijada* (14-11-2003, pp. 7-8, texto manuscrito, Congreso: Católicos en la vida pública.

centro de España, con referencia explícita a nuestra situación, misión y responsabilidades concretas. Así inicia con un grupo de amigos más cercanos esa experiencia que fue capital para la conciencia cultural y religiosa de España. No se puede decir en pocas palabras lo que aquellos encuentros eran: el clima de diálogo intelectual, de liturgia y convivencia, de aliento más allá del marco hispánico del momento, de liberalidad convivente, de actitud ecuménica. Fueron cercanos colaboradores en la empresa Luis Díez del Corral, Antonio Garrigues, J. L. Aranguren, Pedro Laín Entralgo, J. Marías, J. Rof Carballo. A ellas asistieron no pocos de los que luego serían miembros de nuestra Academia. He aquí una lista de participantes dada, sin intención de ser completa, por alguien que era alma de ellas junto con Don Alfonso Querejazu, el P. Ramón Ceñal, jesuita filósofo, persona de gran finura espiritual, de humildad extrema y de una servicialidad única, sin cuya presencia y silencio las Conversaciones no hubieran sido lo que fueron.

“Quede al menos constancia de algunos nombres de personas, que con asiduidad mayor o menor, correspondieron a la invitación de Querejazu y estuvieron presentes en los coloquios: Dámaso Alonso, Julio R. Aramberri, Leopoldo Calvo Sotelo, Angel del Campo, Ignacio Camuñas. Heliodoro Carpintero, José María Castellet, Pedro Cerezo, José Corts Grau, Luís Díez del Corral, Antonio Fernández Galiano, Gonzalo Fernández de la Mora, Eduardo García de Enterría, Alfonso García Valdecasas, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, Joaquín Garrigues Díaz-Cañabate, Lorenzo Gomis, Pedro Laín Entralgo, Rafael Lapesa, José Luis López Aranguren, José María López Piñero, José Lladó Fernández Urrutia, Juan Lladó Fernández Urrutia, Juan Lladó Sánchez-Blanco, José Manteiga, José Antonio Maravall, Gregorio Marañón y Beltrán de Lys, Julian Marías, Fernando Martín Sánchez, Antonio Millán Puelles, Alfonso Moreno, Alejandro Muñoz Alosa, José Antonio Muñoz Rojas, Lidio Nieto, Alberto Oliart, Marcelino Oreja Aguirre, Benjamín Palencia, José Pardo Urdapilleta, Carlos París, Gregorio Peces Barba, Fernando de la Quintana, Primitivo de la Quintana, José María Riaza, Dionisio Ridruejo, Juan Rof Carballo, Luis Rosales, Joaquín Ruíz Jiménez, Javier Rupérez, Luis Santa María, Pedro Schwarz Girón, Manuel Terán, Antonio Truyol, Angel Vegas, Mariano Verdejo, Manuel Villar Arregui, Luis Felipe Vivanco, Mariano Yela, Xavier Zubiri”⁴.

Sorprende comprobar que todos los que asistieron a ellas y que han escrito sus Memorias han hecho explícita mención de ellas y de la repercusión que tuvieron en su vida. Y me refiero no sólo a Díez del Corral, Laín, Aranguren, Marías, Rosales, Vivanco, Garrigues, que formaban el núcleo permanente de interés, apoyo económico y protagonismo intelectual, sino a algunos que solo asistieron una vez como J.M. Castellet. Entre los participantes estaban personas no

⁴ R. Ceñal, Alfonso Querejazu, las *Conversaciones católicas de Gredos*, en A. Garrigues y O. González, Alfonso Querejazu, *Conversaciones católicas de Gredos*, Madrid 1972, p. 239-268, cita en 248.

católicas miembros de la Comunidad ecuménica de Taizé y el ministro plenipotenciario de Suiza en España Philippe Zutter. Cuando muere don Alfonso escribió un testimonio conmovedor. El 22 de mayo de 1957le ofrecieron un homenaje el resto de participantes, entregándole un cuadro de Benjamín Palencia que refleja el paisaje del Almanzor visto desde el Parador y le encargan que sea mensajero del espíritu de Gredos por donde quiera que vaya. El, ya embajador ante la Santa Sede, responde con estas palabras: “*Yo no olvido mi misión. He hablado de Gredos a muchas personas. Incluso he conversado sobre ello con el Papa Juan XXIII. Yo continuo hablando y lo hago sin ningún esfuerzo, porque estoy íntimamente convencido de la eficacia del espíritu de Gredos, donde, gracias al querido P. Alfonso, he hecho la experiencia cristiana más bella de mi vida*”⁵.

Les ahorro la lectura de los textos de L. Calvo Sotelo sobre su experiencia y participación en ellas, que pueden encontrar en sus libros. De ellas bebió impulsos y experiencias de fondo, una actitud humana y un estilo cristiano, pero también es verdad que él las vivió un poco en el margen, ya que por carácter era reticente ante los grupos, los círculos de iniciados o las sublimidades de los perfectos. El realismo de su vida y la cercanía a las situaciones de la sociedad le mantenían un poco distante. Estos aspectos (no integración del diferente, no participación de ateos o agnósticos, exclusión de toda discusión política) dieron coherencia y permanencia a las Conversaciones, pero llegado el momento de la tensión cultural y política, producida en las postrimerías del franquismo con el avistamiento de un nuevo orden político, fueron ya irrealizables en la forma con que habían nacido y con el método con el que se habían mantenido hasta entonces. Más que nunca apareció verdadera la sentencia bíblica según la cual cada orden de realidad tiene su método, su lenguaje, su forma de conocimiento, su lugar y su tiempo propios. “Todo tiene su tiempo y sazón; todas las tareas bajo el sol (...). El sabio atina con el momento y con el método, pues cada asunto tiene su momento y su método” (Eclesiastés 3,1-8; 8,6) Algún día narraré la historia real de su final y de la imposibilidad de comenzar en forma nueva.

III. LEGADO (LIBERALIDAD, CIUDADANÍA, CRISTIANÍA)

Si cada hombre leemos con especial interés y revivimos con ejemplaridad una página de la Biblia y desplegamos de manera única un pliegue de lo humano, ¿cuáles fueron los pliegues que aparecieron con brillo especial en la figura de nuestro colega? En la perspectiva estricta en que yo me he situado, subrayaría los

⁵ *Conversaciones católicas de Gredos*, Madrid: BAC 1977, p. 358.

tres siguientes. Ante todo *liberalidad*, en el sentido no de liberalismo político y menos religioso sino en el ancho sentido humano de la palabra. Alguien que es capaz de integrar en su persona aspectos que a primera vista parecen inconciliables, que no hace depender toda la complejidad de lo real de una de sus dimensiones y la complejidad de la fe de uno de sus artículos del Credo o de los dogmas conciliares. Un liberal es en este sentido lo contrario de un integrista, consciente además según la fórmula de Blondel de que el catolicismo por definición es lo contrario del integrismo⁶. Por eso en su biblioteca encontramos *La Vida de Jesús*, junto con *Souvenirs d'enfance et de Jeunesse* y *L'Antichrist* de E. Renan a la vez que otras *Vidas de Jesús* como la de F. Mauriac. Y si de los libros que alguien tiene en su biblioteca no podemos deducir lo que ha leído y menos lo que ha pensado de ellos, en nuestro caso nos atestiguan su valoración positiva las sucesivas ediciones que tiene del mismo libro, por ejemplo de la Vida de Jesús de Renan, la primera es de 1864 y la última del 2004. Pero su lectura fiel no era signo de ingenuidad ante la actitud negadora propia de Renan. Con gran lucidez le caracteriza con estos términos: "poéticamente deslumbrado por el Cristo verdadero hombre, pero escépticamente herético ante el Cristo verdadero Dios"⁷.

Su fidelidad a Ortega y Gasset se manifiesta no sólo con sus lecturas sino con el hecho de presidir la Fundación que lleva su nombre desde 1993 a 1997. Otro signo de su apertura de espíritu es la preocupación por la relación existente entre las cuestiones de fe y las de ciencia. En este sentido Teilhard de Chardin es un nombre símbolo, al que permanece fiel durante gran parte de su vida, si bien decae el interés en los últimos decenios, cuando el personaje desaparece del primer plano de los intereses tanto científicos como religiosos. De él tenía casi todas las obras, en francés por supuesto y mucho antes de que la editorial Taurus, en que tenía presencia e influjo su amigo don Antonio Garrigues, las tradujera. Al lado de ellas hay que enumerar otra obra significativa de su preocupación humanista: D. Dubarle, *Humanisme scientifique et raison chrétienne* (Paris 1953)

La segunda faceta de su personalidad, que me parece ejemplar, es su capacidad de mirar más allá del horizonte inmediato, de interesarse por las realidades que le afectaban como hombre y no sólo como profesional, como católico que pensaba personalmente la fe y no solo vivía de lo que la tradición y la autoridad le trasmitían; como político, que era capaz de percatarse de los grandes problemas que subyacen a las decisiones de cada día, y por ello de la necesidad permanente de ofrecer a los ciudadanos algo que pensar, esperar y amar a largo plazo además de esforzarse por solucionar los problemas de cada día y de repercusión

⁶ M. Blondel "Testis", *Une alliance contre nature: catholicisme et integrisme. La Semaine sociale de Bordeaux*, 1910, Bruselas, Lessius-Paris Cerf 2000.

⁷ *El hombre en la encrucijada*, 8.

inmediata, es decir preocupado de la idea y del pan, de la palabra además de la paz. Magnanimidad que tuvo que ejercer mirando más allá de los percances e intereses de cada día cuando le tocó asumir la suprema magistratura del gobierno, en el momento en que se hundía el partido político que presidía. Esa magnanimidad roza límites en los momentos en que es difícil diferenciar la altura necesaria de la altivez innecesaria y evitable, en que no es fácil saber si se tiene que aceptar hechos o reprobado actitudes, conformarse con lo posible o reclamar lo imposible, para lograr lo conveniente. La faz serena y el talle erguido, ¿cuándo son gestos de dignidad afirmada y cuando expresión de un orgullo herido que no acepta la necesaria corrección del prójimo ni ejerce la confesión de errores o culpas? No podríamos decir en qué ámbito de lo profesional, de lo cívico o de lo religioso fuera una gran excepción sobresaliente, pero justamente esa suma de objetivo atenuamiento a lo debido y de cotidiana grandeza de alma en los campos en que su vida rozó la historia, desde la familia a la presidencia del gobierno, desde el rigor profesional a la coherencia de su fe: eso me parece a mí ser el toque personal, la característica de este académico a quien el tiempo no permitió muchas intervenciones públicas en nuestra Academia.

Como último en la enumeración pero no en importancia para la definición de su persona me parece esencial poner de relieve su cristianía. Designo con esta palabra no solo el conocimiento de lo que la fe en Jesucristo ha significado en la historia como conjunto de hechos, dogmas, instituciones culturales, morales o jurídicas (cristianismo), ni solo el hecho social comunitario que implica la pertenencia a una iglesia (cristiandad), sino la configuración de la persona, desde los estratos constituyentes de la inteligencia, la voluntad y la memoria, por la adhesión convencida y consecuente a Cristo, que se traduce en una decisión de conformar los actos de la existencia desde esa raíz de sentido, que no impone más credos que el apostólico pero que es una luz que ilumina el camino de la vida, ayuda a discernir situaciones y da fuerzas para asumir responsabilidades más allá de la conveniencia o eficacia que nuestros actos pueden llevar consigo para este mundo.

Con un texto que por contraste suscita resonancias orteguianas se definía así del modo siguiente en un curso de verano de la Universidad Complutense El Escorial junio 1991: "Soy eso que se puede llamar católico practicante. He intentado formalizar católicamente mi vida. Mi vida me ha llevado a responsabilidades máximas en la empresa privada y en el gobierno de la nación. De estos datos iniciales cabe deducir que mi trabajo ha tenido muchas veces como referente la Doctrina de la Iglesia"⁸. Que esta afirmación no se añade a una vida situada en otras direcciones lo acreditan los muchos libros que posee en su biblioteca sobre temas

⁸ *Los problemas sociales cien años después de la Rerum Novarum*, Lección de clausura, manuscrito 1.

sociales, y no sólo encíclicas sino libros de las orientaciones más distintas en ese orden como pueden ser los del dominico francés M.D. Chenu, *Pour une théologie du travail* (Paris 1955), el *Catecismo holandés* de 1965; del protestante de J.Moltmann, *Teología de la esperanza* (Salamanca 1972); del peruano de G. Gutiérrez, *Teología de la liberación* (Salamanca 1973 firmada por él ese mismo año; de H. Küng, *¿Existe Dios?*, publicada en Oxford en inglés en 1980 y firmado por Don Leopoldo en Bruselas el 15 de diciembre de 1984; y del exponente del nuevo liberalismo norteamericano M. Novak, *Freedom with justice. Catholic Thought and Liberal institutions* (New Cork 1984).

Me gustaría subrayar que esta identidad católica había encontrado en él una concreción tan realista como fiel, tan crítica como asertiva. En un momento dado él manifiesta que para un creyente el problema no es tanto la correlación entre fe y cultura en el mundo cuanto entre autoridad y obediencia en la iglesia; que la dificultad es encontrar cauces históricos en los que la palabra de la fe muestre su real eficacia dentro de las coordenadas de este mundo. “Yo he sentido muy pronto, empujado tal vez por mi vocación política, que la tensión íntima para el creyente se da más entre Iglesia y Libertad que entre Fe y Cultura. Recuerdo haber leído muy pronto el opúsculo de Lutero “*La libertad del cristiano*”, con la inquietud y la emoción de quien sigue un sendero de montaña bordeando el precipicio” (*El hombre en la encrucijada*, 5). Por ello muchas ideas del Concilio Vaticano II fueron para él no una novedad absoluta sino una confirmación de mucha esperanza a la vez que un marco de comprensión global para el ser cristiano y para las nuevas tareas de la Iglesia. En este orden él veía en el acontecimiento conciliar la preparación providencial que liberaba las conciencias católicas en España a la vez que les urgía la necesidad moral de llevar a cabo con eficacia transformaciones culturales, sociales y políticas. Transformación obligada por razones generales de madurez histórica y política, pero a la vez por el hecho de aparecer España ante el mundo como un país católicamente configurado y sin embargo no darse en ella las libertades que en otros muchos países ya eran efectivas desde hacía largo tiempo

En este orden él mostró siempre una inmensa libertad para opinar, acoger y criticar. Todavía recuerdo el humor y enfado con que contaba alguna de sus últimas conversaciones con los Cardenales Tarancón y Cardenal Suquía, bien es verdad que con considerable diferencia de acentos. Y en esto era conscientemente anticlerical, si entendemos por clerical el intento de trasponer a decisiones mundanas e imponer con autoridad aquellos principios de sentido que valen para la vida eterna, sin percatarse de la necesidad de encontrar las mediaciones científicas, culturales y sociales objetivamente válidas, o queriendo imponer unas que derivan de una lectura particular de la realidad que no es universalizable ya que, también para la conciencia cristiana, con no muchas excepciones, es posible un pluralismo de lecturas científicas de los fenómenos históricos.

El era altivamente consciente de que se tiene gracia de estado cuando se está ante las responsabilidades propias del estado que uno ha elegido, y que no se necesita un mandato especial de nadie para asumir esa misión; más aun es el olvido o negligencia en asumirlas lo que contradice la vocación cristiana y en el fondo es una traición a la propia iglesia. En este orden los pecados han sido mayores por omisión que por acción, por negligencia en la aceptación de tareas históricas que por arrojo a pensarlas cristianamente. Y más culpable es la jerarquía eclesiástica por haber fustigado más los errores cometidos en la acción que los cometidos por silencio, ausencia u omisión; por los pecados propios y por los ajenos que el prójimo ha cometido por escándalo, inconsecuencia o inconsciencia nuestra. Con las palabras del salmo, la vieja liturgia romana ponía antes de la celebración de la eucaristía una acusación y una petición de perdón para nuestra culpas ocultas y para las ajenas inducidas por las nuestras: "*Delicta quis intelligit? Ab occultis meis munda me Domine et ab alienis parce servo tuo*" (Sal 18,13 V) El libro bíblico citado anteriormente se cierra con estas palabras: "Teme a Dios y guarda sus mandamientos porque esto es ser hombre; que Dios juzgará todas las acciones, aun las ocultas, buenas y malas" (Eclesiastés 12.13). El pecado más grave es justamente el de quien ni siquiera se percató de lo que no hace, de lo que vulnera con su aparente inconsciencia e irresponsabilidad. Pecados de pensamiento, de palabra y de obra; pecados de acción y de omisión; de insolencia en unos casos y de cobardía en otros. Lo primero que hace una fe viva y operante en la conciencia es descubrir el horizonte de lo desconocido necesario, de lo obligatorio preterido, de lo pendiente que tenemos que asumir.

CONCLUSIÓN

Estas reflexiones sólo han intentado iluminar la personalidad de nuestro compañero desde unos ángulos muy particulares, que quizá no aparecen en el espejo del personaje público, del ingeniero, del presidente de gobierno, del académico. Con ellas he querido responder a la pregunta que me hacía al comienzo cuando afirmaba que es necesario saber qué y quienes nos han hecho posible llegar a ser quien somos, abriéndonos caminos de verdad y de autenticidad, ayudándonos a evitar los de la dispersión o de la inautenticidad. El carácter es fruto de una forja, donde los otros y cada uno hemos sido los herreros que han golpeado el hierro de nuestra vida sobre el yunque de la fragua que es la historia. El carácter es fruto de la propia e inalienable libertad, pero también de los contextos y personas que nos han ayudado a descubrir nuestra misión o una vez descubierta a realizarla. Finalmente he querido poner de relieve las dimensiones ejemplares que desde mi perspectiva y para mí personalmente ofrecen la persona y el destino de nuestro compañero.

LEOPOLDO CALVO SOTELO (1926-2008)

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Salustiano del Campo Urbano

El 16 de noviembre de 2005 cumplí en esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas con el honroso encargo de responder al discurso de ingreso de don Leopoldo Calvo-Calvo-Sotelo y Bustelo, que había sido elegido el veintidós de junio del año anterior. Ha estado, pues, con nosotros mucho menos tiempo del que esperábamos, pero así lo ha dispuesto un poder muy superior al de los humanos. Por esto mismo se me hace tan difícil leer hoy estas líneas que desgraciadamente no pueden recoger una extensa obra académica, puesto que por el escaso tiempo del que dispuso no es comparable a la que realizó en otras actividades.

A la Academia le llegó hace pocos años la hora de recibir en su seno a una notable oleada de personalidades políticas que habían protagonizado en buena medida nuestra transición a la democracia. Alrededor de esta mesa hay varios y algunos han desaparecido, como Iñigo Cavero antes y ahora Calvo-Sotelo, de cuya biografía merece la pena recordar algunos rasgos. Cursó la enseñanza primaria en Madrid en el Instituto Escuela y la secundaria alternando entre Ribadeo y San Sebastián, hasta que estudió Quinto, Sexto y Séptimo de Bachillerato en el Instituto Cervantes de Madrid, donde fue discípulo de Antonio Mingarro en Física y de Manuel Cardenal en Filosofía. Influido por ellos hubiera querido ser físico o filósofo, pero razones económicas le condujeron hacia una carrera técnica, la de Ingeniero de Caminos, que cursó en Madrid entre 1946 y 1951. *“La vida, confiesa, me llevó pronto de la construcción hacia la industria y, más tarde, a ese lugar indefinible que se llama política”*

Su carrera política empezó en las Juventudes Monárquicas de Joaquín Satrústegui “pintando paredes a hurto de serenos, con slóganes contra el Régimen y colaborando anónimamente en el panfleto confidencial que editaban sus Juven-

tudes". Su ilusión juvenil de una monarquía parlamentaria se convirtió en realidad muchos años después, cuando el Rey don Juan Carlos le llamó en 1975 a su Primer Gobierno presidido por Carlos Arias. Perteneció a todos los gobiernos de la transición presididos por Adolfo Suárez, como Ministro sucesivamente de Comercio, Obras Públicas y para las Relaciones con las Comunidades Europeas. En Septiembre de 1980 fue nombrado Vicepresidente del Gobierno por Suárez que, al dimitir en Enero de 1981, le propuso para la Presidencia. Ya retirado de la política, Su Majestad el Rey le premió con el título de Marqués de la Ría de Ribadeo, con grandeza de España.

El 23-F, cuando se votaba su investidura, invadieron el Congreso de los Diputados guardias civiles al mando del Teniente Coronel Tejero con la intención de hacer girar la democracia hacia unos objetivos imprevistos y contrarios a la legalidad. Sobre este hecho, el propio Calvo Sotelo escribe: "*Después de tres minutos dramáticos y diecisiete horas grotescas terminó aquel esperpento y fui, por fin, elegido Presidente*". Frente a los negros augurios que saturaron el ambiente, recondujo la situación, restituyendo a los españoles la confianza en las libertades y en el poder civil por encima de los tricrornos y encomendando al Tribunal Supremo la última palabra judicial sobre los golpistas. La vuelta a la normalidad constitucional se consiguió finalmente tras algunas dificultades y hoy esta peripecia de nuestra democracia se ha transformado en un motivo de confianza en el funcionamiento de nuestras instituciones, con el Rey por delante, y también en nuestras propias fuerzas.

En mi discurso de contestación al suyo de ingreso hablé de todo esto, así como de su política y de su labor literaria. Sobre todo de sus libros Memoria viva de la transición, Papeles de un cesante y Pláticas de familia. En todos ellos mostró su buen estilo y también esa capacidad para hacer frases redondas que, escribe, "me devolvían mis adversarios como metralla". En una nota biográfica que me entregó se contiene un párrafo emotivo que no me resisto hoy a reproducir delante de su esposa y sus hijos: "*Tengo en casa cajones llenos de páginas inéditas: desde las primeras a máquina (una Yost de tampón) de hace sesenta años, hasta las últimas en un ordenador. Mi mujer (que me sobrevivirá como es norma) podría ganar algún dinero publicando, dentro de muchos años, las más impertinentes y políticamente incorrectas y, entre ellas, una ristra de sonetos satíricos, bien medidos y peor intencionados, que mi amigo, el poeta Muñoz Rojas, llama acertadamente 'habilidades'*".

Desgraciadamente tan sólo ha ocupado su plaza de académico desde el 16 de Noviembre de 2005 hasta su fallecimiento en 3 de Mayo de 2008. En puridad, nuestros *Anales* de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas solamente recogerán una contribución suya original titulada "Nota sobre los males congénitos de la constitución de Europa", presentada en la sesión del 18 de Junio de 2007 al Pleno de la Academia. En él señala como defectos originarios del proceso de la Unión Europea, la indefinición de sus límites hacia el Este y la ambigüedad del Tra-

tado de Roma, “que se refiere a la forma definitiva que hayan de tener la Comunidad primero y la Unión después”. Da, por otra parte, mucha importancia al comunicado de prensa de los seis países miembros de entonces, fechado en Luxemburgo en Enero de 1966, que según él “*adquiriría el rango de un artículo más y no el menos importante de los Tratados comunitarios*”. En él se establece la “*importancia de llegar a soluciones que puedan ser adoptadas por todos, continuando la discusión hasta que se alcance un acuerdo unánime*”.

Glosa luego la constante actitud obstruccionista de Francia hasta que se ha hecho patente el final inminente de la excepcionalidad francesa. A su juicio, el problema es ahora la ampliación desmesurada de la Unión a 27 miembros, que acentúa la ingobernabilidad y que solamente puede remediarse mediante una estructura federal. Como se ve, hasta el fin de sus días conservó su interés y preocupación por lo que tan importante fue en su gestión de nuestra política exterior.

Análogamente sucede con su visión de nuestra transición política o, si así se quiere, del advenimiento de la segunda transición. Denunció en un sabroso artículo de ABC cómo algunos intentan asumir la prestigiosa marca que tanto ha acreditado a España en el mundo actual. “*Me irrita y me preocupa, escribe, que bajo el rótulo de segunda transición se intente pasar una extraña y confusa mercancía que traiciona la experiencia misma de la primera*”. La desnaturalización, para él, comienza por las bases históricas de nuestra convivencia política, cifradas en la Constitución de 1978. Sus cimientos son los valores de la transición, que resume en “*la monarquía, el espíritu de reconciliación nacional, el propósito de no repetir los errores del pasado y la voluntad de mantener un sólido consenso en las cuestiones fundamentales*”.

Analiza después el carácter de los que proponen una segunda transición, siguiendo las líneas de la excelente obra del Profesor Álvarez Tardío, *El camino a la democracia en España*, que compara las dos transiciones políticas de nuestro siglo XX: la de 1931 y la de 1978, gracias a la cual hemos vivido los treinta mejores años de nuestra historia contemporánea, atribuyendo este gran éxito a que “sus protagonistas entendieron desde el principio que nadie podía arrogarse en exclusiva el título de demócrata, por lo que la participación de todos fue imprescindible para elaborar las nuevas reglas del juego”. Acaba su artículo trayendo a colación una copla de Cervantes en la segunda parte de *El Quijote* dirigida a quienes pretendieron hacerse con la marca:

*“Tate, Tate, follonicos,
de ninguno sea tocada”.*

Este es el esquemático perfil del académico que nos ha dejado demasiado pronto y que ha fallecido acompañado del sentimiento de los buenos ciudada-

nos de España, empezando por nosotros sus compañeros. El participar en su homenaje me aviva el recuerdo de una finísima observación que una vez me hizo sobre nuestra Academia el inolvidable José María de Areilza. La ocasión fue la solicitud de ingreso de uno de nuestros académicos actuales, que a la Sesión siguiente a esta presentación, hizo conmigo un aparte y me dijo: *“Salustiano, he recibido el CV de un nuevo aspirante a Académico, que no puede ser mejor: títulos extranjeros y nacionales, publicaciones en varios idiomas y actividades en los mejores centros europeos. Todo magnífico, pero a mí lo que de verdad me preocupa es si es una persona adecuada para que yo departa con él el resto de los martes de mi vida”*. Le aseguré que sí y comprobé con satisfacción que pronto se hicieron grandísimos amigos y con frecuencia se intercambiaban libros e informaciones. A mi vez yo recibí esta noble lección como algo muy valioso, que me permite evocar hoy a Leopoldo Calvo-Sotelo con la honda tristeza de que ya no podré relacionarme más con él los martes que me queden de vida.

Nada más y muchas gracias.